

Rodrigo Arocena

## Capital y conocimiento: ¿qué más?

la combinación de capital y conocimiento  
permite producir cada vez más con menos trabajo.  
A nivel político este proceso implica  
la pérdida de valor del trabajo,  
un gran golpe al acuerdo histórico entre el capital y el trabajo,  
y con ello a la resolución pacífica  
del conflicto central de la modernización  
Klaus Bodemer (1998: 64).

### 1. Prólogo

La cita que encabeza este trabajo es su hilo conductor. Ella confirma y explica la sintética caracterización de la gran transformación contemporánea como “la victoria aplastante del capital, tanto sobre el trabajo como sobre el Estado” (Halperin 1992). Creo que, juntas, esas citas definen la sociedad en la que estamos empezando a vivir. En cualquier caso, ellas ponen de relieve ciertos problemas mayores de hoy y seguramente de mañana. En torno a su discusión conocí a Klaus Bodemer allá por 1990; a partir de entonces aprendí mucho de lo que hace, dice y escribe, y hasta llegué a colaborar con él. Estas líneas quieren expresar mi admiración por su labor y mi reconocimiento por su amistad generosa, así como la certeza de que seguiremos aprendiendo en el futuro de lo que Klaus opine acerca de las cuestiones aquí encaradas. Eso de por sí justifica el atrevimiento de incursionar en asuntos de tamaño envergadura.

### 2. La sociedad emergente en los “países centrales”

#### 2.1 *Sobre un enfoque de James Galbraith*

Sintetizamos aquí ciertos planteos de una obra que analiza aspectos medulares de “la combinación de capital y conocimiento” en Estados Unidos, vale decir, en el país que desempeña un papel análogo al de Inglaterra durante la emergencia de la sociedad industrial.

Galbraith (2000: 90-95, 107-113) describe en términos estilizados una economía de tres niveles. Primero define al “sector K”, donde K corresponde a *Knowledge* y a *Kapital*; es el sector intensivo en conocimiento, esencialmente productor de bienes de capital en sentido amplio que incluye desde la fabricación de máquinas hasta la elaboración de software. Ocupa a gran cantidad de las personas altamente calificadas que Reich (1993) denomina “analistas simbólicos”. Luego describe el “sector C”, de producción de bienes de consumo, y el “sector S”, de los trabajadores de servicios, que en la economía de USA ocupa a más del 80% de los trabajadores. En esta estructura estilizada hay una tendencia a que las remuneraciones en el sector K sean bastante más altas que en los otros porque es el nivel de la innovación y del poder monopolista moderno, donde los “trabajadores de conocimiento” tienen gravitación importante que crece con la expansión económica y las presiones de la competencia. En la otra punta, los trabajadores en el sector S es precaria; sus trabajadores tienen escasa incidencia en la fijación de sus salarios, que varían a la baja si no lo compensa la presión social y política. En el sector C el panorama es más diversificado, dependiendo de la rama específica, los niveles de modernización y de inserción en el comercio internacional, y el balance de poder entre las empresas y los asalariados. Sólo después de 1970 en USA empezó a constatar un rendimiento del sector K considerablemente más alto que el de los otros; allí está el núcleo la economía del conocimiento, con alto “poder de monopolio”.

Esta clasificación abarca diversas cuestiones complejas, como la caracterización de los servicios, a las que Galbraith dedica gran atención y que no necesitamos siquiera rozar aquí. Lo que importa subrayar es que la emergencia de lo que –por cuenta nuestra, bien entendido– podríamos llamar la KKS (*Kapital Knowledge Society*) ha generado, como la mayoría de las grandes transformaciones históricas, tanto ganadores como perdedores. Galbraith (2000: 163-166) sostiene que las revoluciones tecnológicas son instrumentos de una masiva transferencia de riqueza, desde los usuarios de tecnología a los productores de tecnología. Cuando no existen contrapesos, el cambio técnico acelerado incrementa las desigualdades sociales en general.

Pero la afirmación de la desigualdad no ha sido “determinada” por la técnica, sino que ha tenido lugar a través de un proceso sin duda condicionado por la evolución tecnológica pero también provisto de

alto contenido político, que implicó en particular una profunda reorientación del accionar estatal, desde una cierta defensa de los sectores menos privilegiados a la actitud opuesta.

The worker's state, it would seem, did not just decline and finally collapse in the Soviet Union. Rather, a much more powerful, much more successful one also fell into decay, over the same period of time, in the United States (Ibíd.: 165).

Hemos transcrito textualmente esta frase, porque completa la imagen de “la victoria del Capital sobre el Trabajo y aún sobre el Estado” en USA. Las consecuencias sociales y políticas de semejante evento son sintetizadas en los siguientes términos:

It is leading toward the transformation from a middle-class democracy into something that more closely resembles an authoritarian quasi democracy, with an over class, an underclass, and a hidden politics driven by money (Ibíd.: 4).

Si bien la valoración del pasado parece demasiado benévola, resulta vigorosa la caracterización de la transformación en curso, sobre todo si se piensa que fue escrita antes de la primera victoria electoral de George W. Bush. La tesis es, a nuestro entender, que la KKS tiende a la plutocracia.

## *2.2 Modo de producción y modo de desarrollo*

El enfoque reseñado constituye un sólido sostén para un punto de vista (Arocena/Sutz 2003, capítulo 6) que aquí sintetizamos. Hablar de la economía global del conocimiento, o expresiones similares, es demasiado parcial en más de un aspecto. En primer lugar, hay que tener en cuenta tanto las dinámicas técnico-productivas fundamentales –lo que constituye según diversos autores el “modo de desarrollo”– como las relaciones sociales de producción predominantes, el “modo de producción”.

En el Norte ha tomado cuerpo un modo de desarrollo en el cual la generación, transmisión y utilización de conocimiento científico y tecnológico avanzado desempeña un papel central y en gran medida nuevo; los procesos de innovación y aprendizaje se ubican consiguientemente en el centro de las dinámicas productivas.

La transformación resultante de la estructura ocupacional no se limita a las actividades vinculadas con las tecnologías “de punta”. Por

ejemplo, un estudio realizado en Canadá constató que, durante las décadas finales del siglo XX, se ampliaron sustancialmente las ocupaciones intensivas en conocimiento en el conjunto de la economía; el empleo vinculado con las ciencias sociales y las humanidades se incrementó a un ritmo claramente superior que en el caso de la ingeniería y las ciencias naturales, lo que llevó a los autores del estudio a sugerir que la tendencia hacia la centralidad del conocimiento abarca más que el cambio técnico en sentido restringido, y sobre todo mucho más que el auge de las tecnologías de la información y la comunicación, incluyendo en especial el crecimiento tanto del número como de la complejidad de las transacciones y vinculaciones entre grupos sociales y seres humanos (Lavoie/Roy/Therrien 2003). Si bien las ciencias naturales y las tecnologías están en el núcleo del nuevo modo de desarrollo, la gravitación que en el mismo tiene el conocimiento es mucho más amplia.

La incidencia del conocimiento desborda a la economía, pues lo decisivo es el potencial desestabilizador de las relaciones sociales y de las condiciones de vida que el conocimiento ha adquirido:

The central phenomenon of the modern age is that as an aggregate we know more. New knowledge developed in the past three centuries has created a great deal of social conflict and suffering, just as it was the origin of undreamed-of wealth and security. It revolutionized the structures of firms and households, it altered the way people look and feel, how long they live, how many children they have, and how they spend their time. Every aspect of our material existence has been altered by our new knowledge (Mokyr 2002: 3).

Un ejemplo del carácter desestabilizador, llamado a cobrar creciente incidencia, lo constituyen las posibilidades, riesgos, polémicas inmensas y cambios aún impredecibles que las nuevas biociencias y biotécnicas generan. Esta desestabilización generalizada tiene lugar en un modo de producción que durante las últimas décadas ha reafirmado y profundizado su carácter capitalista, en un proceso estrechamente imbricado con la nueva gran ola de avance científico e innovación tecnológica (Castells 1996).

En el Sur, la desestabilización es también mayúscula, pero no precisamente porque emerja una economía basada en el conocimiento, sino en buena medida porque ello más bien no sucede. Se configura así una asimetría considerable entre los “países centrales” y las variadas “semiperiferias”, “periferias” y zonas marginalizadas. Esa asime-

tría se traduce en un relevante diferencial de poder, que se suma a otros para dibujar la configuración actual del subdesarrollo y la dependencia.

Las muy esquemáticas afirmaciones precedentes pueden ser elaboradas y dotadas de mayor soporte empírico de modo de arribar a la siguiente conclusión:

Durante alrededor de dos siglos, de maneras muy variadas, en distintas áreas del planeta, se pasó de sociedades de base agraria a sociedades dinamizadas por la industria. Parecería haberse iniciado un proceso de envergadura comparable, en el que las sociedades industriales técnicamente más avanzadas entran en una mutación que, de manera muy resumida y provisional, podría caracterizarse en los siguientes términos: la emergencia conflictiva, localizada en el Norte, pero con alcances globalmente desestabilizante, de un tipo de sociedad capitalista, a dominante financiera a la vez que basada en el conocimiento, motorizada por la innovación y modelada por los procesos de aprendizaje, trastoca las condiciones de vida de todos los seres humanos, pero de maneras muy asimétricas, según se puede comprobar tanto en el mundo del trabajo como en el mundo del subdesarrollo (Arocena/Sutz 2003: 142).

En este sentido es que hablamos de la sociedad capitalista del conocimiento, la KKS.

### **3. El mundo de pocos**

La frase de Bodemer que sirve de hilo conductor a este texto sugiere porqué para muchos resulta tan difícil hallar un lugar en este mundo.

Según Galbraith (2000: 209), la economía que describe necesita un número relativamente pequeño de técnicos, gestores y financistas de gran talento, ubicada por encima de una población trabajadora “nominalmente alfabetizada y políticamente apática”. La producción se multiplica en cantidad y diversidad, como el poder de consumo de bastante gente y la prosperidad inaudita de algunos; mientras, encontrar ocupación estable, en condiciones decorosas y con remuneración aceptable no es fácil ni siquiera en el Norte y muy difícil en el Sur.

Existe una tendencia poderosa a la desigualdad porque se puede producir cada vez más con menos gente y, además, porque el conocimiento devenido recurso económico fundamental es en sí mismo fuente de desigualdad. Si dos personas producen con carbón y acceden a la misma cantidad de su recurso básico, quién más lo use menos tendrá. Lo contrario sucede con el conocimiento, un recurso del cual más

dispone quien más lo utilice mientras que lo pierde quien poco lo emplea. En la gestión de la ciencia y la tecnología se ha hecho rutinario hablar de “efecto Mateo”, una expresión introducida por Merton, para indicar que los grupos de investigación más fuertes reciben mayores apoyos y por ende sus ventajas respecto a los demás se hacen aún mayores. En la distribución del poder del conocimiento se detecta un efecto Mateo generalizado: “al que ya tiene se le dará y tendrá en abundancia, pero al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene” (Evangelio según Mateo: 13, 12).

La clave de ese poder no está sólo ni principalmente en la generación de conocimientos sino en la capacidad para usarlo, para introducirlo efectivamente en las prácticas colectivas, vale decir, en la capacidad para la innovación. Las economías más poderosas se basan en el conocimiento pero tienen a la innovación como motor (de la Mothe/Paquet 1996). La introducción de lo nuevo posibilita resolver mejor diversos problemas; pero es arma de varios filos. En líneas generales, la difusión de las innovaciones –como lo destaca un gran estudioso del tema (Rogers 1995)– suele favorecer ante todo a quienes disponen de mayores medios, conocimientos y vínculos sociales, por lo que a menudo incrementa las asimetrías sociales.

Numerosos autores han destacado que una causa relevante en el fracaso del socialismo real fue que, como “modo de producción”, no facilitaba y aún trababa la innovación cuando ésta se estaba convirtiendo en el motor principal de la economía. Pero ni ello ni nada de lo anotado antes implica que un “modo de desarrollo” basado en el conocimiento tuviera necesariamente que converger con el tipo de capitalismo hoy predominante. La convergencia que efectivamente se dio fue el resultado de enfrentamientos y procesos concretos, un resultado favorecido pero no determinado por tendencias a la desigualdad como las antes destacadas, que no son por cierto “leyes de hierro”, ni condiciones imprescindibles para que funcione la economía del conocimiento. Bien dice Roemer (1995: 164)

que la concentración extrema de beneficios característica de las sociedades capitalistas no se debe a la posesión y al uso, por parte de unos pocos, de talentos escasos, como parece implicar su remuneración en el capitalismo.

Cabe estimar además que

esos talentos serían [...] igualmente usados, incluso por los más interesados de sus poseedores, con una remuneración substancialmente menor que reciben bajo relaciones de propiedad capitalista.

El panorama de hoy parece reeditar la verdadera “captura” de la Revolución Industrial por el gran capital, que no la protagonizó pero que llegó a controlarla.

Esa revolución tecnológica escenificada en Inglaterra constituyó un enorme incremento del poder colectivo, medido por la capacidad de movilizar gran cantidad de gente, de extraer energía de la naturaleza, y de explotar a otras civilizaciones (Mann 1993: 12-13). Fue la obra de diversos actores sociales que pueden considerarse parte de la pequeña burguesía clásica y, en tanto tal, “posiblemente el mayor logro de una clase en la historia humana” (Ibíd.: 96). Ahora bien:

No fue la riqueza adquirida, no fue Londres ni su capitalismo mercantil y financiero lo que provocó la sorprendente mutación. Londres no asumirá el control de la industria hasta después de 1830. Observamos así, con un amplio ejemplo, cómo la fuerza, la vida de la economía de mercado e incluso de la economía de base, de la pequeña industria innovadora y, en no menor grado, del funcionamiento global de la producción y los intercambios, son las que soportan sobre sus espaldas lo que pronto se llamará capitalismo *industrial* (Braudel 1985: 124).

En el capitalismo *del conocimiento* ha llegado a suceder algo comparable. Son las instituciones financieras las que se ubican en el corazón de toda la estructura de la distribución de ingresos; se asiste a una concentración sin precedentes del capital financiero; es éste el que domina el actual “régimen de acumulación” (Chesnais/Sauviat 2003, en particular 74-77).

En semejante contexto histórico, no puede sino desempeñar un papel central la tendencia a la privatización del conocimiento. Esa tendencia alcanza incluso a lo más básico de la investigación académica y a sus “bienes comunes” tradicionales (Hellström 2003). En la agricultura, las grandes corporaciones utilizan para generar las tecnologías de las que son propietarias conocimientos que provienen del dominio público, gubernamental, académico o local y tradicional, privatizándolos mediante los regímenes de propiedad intelectual, como antaño los cercamientos privatizaron los bienes comunes del campesinado (Parayil 2003: 974).

Es de notar, sin embargo, que la tendencia a la privatización no es inherente al conocimiento mismo, a sus condiciones de producción o a sus ramas hoy más gravitantes. Por ejemplo, uno de los fenómenos más impresionantes en el mundo de la informática es el éxito del “Linux Open Source”, software de código abierto, no propietario; la transformación de un bien privado en un bien colectivo ha sido el logro de un verdadero movimiento social de programadores (Bonaccorsi/Rossi 2003). Vale la pena subrayar que

la coordinación jerárquica basada en la propiedad de los recursos no es una condición necesaria para llevar a cabo complejas tareas de desarrollo de software. Por el contrario, una coordinación de ese tipo terminaría por deprimir la motivación intelectual, estética y basada en el placer que parece intrínseca a la comunidad de programadores (Ibid: 1248, nuestra traducción).

Aunque el conocimiento puede expandirse mediante variados incentivos y motivos, lo que prima hoy es la poderosa tendencia a su privatización que resulta inherente a la sociedad capitalista del conocimiento: sus relaciones de producción características van envolviendo al recurso productivo fundamental del modo de desarrollo.

Las políticas que prevalecen en numerosos países del Norte y del Sur impulsan a grandes productoras de ese recurso, las universidades, a convertirse en protagonistas de “la capitalización del conocimiento”. El proceso ha sido estimulado en particular por la ley Bayh-Dole, aprobada en 1980 por el congreso estadounidense, que permite a las universidades patentar como propios incluso resultados obtenidos con fondos federales. En general, las patentes se multiplican y su campo se amplía de forma hasta hace poco inimaginable. Según una sentencia dictada en 1980 por la Suprema Corte de Justicia de Estados Unidos, “todo lo que bajo el sol ha sido hecho por el hombre es patentable” (Parayil 2003). Los derechos de propiedad intelectual se ubican en el centro de la vida económica y, particularmente, de las negociaciones comerciales internacionales. Estas tienden a incorporar a la educación, vista como servicios de transmisión de conocimientos que deberían responder a la lógica de las ganancias.

La sociedad capitalista del conocimiento configura a escala global un mundo donde hay lugar realmente para pocos. Varios buscan el suyo por vías desesperadas, como las de la inmigración clandestina. Otros recurren a la violencia, o son arrastrados por ella. También aquí



se puede comprobar la nueva centralidad del conocimiento, al que recurren ampliamente algunas de las modalidades más exitosas de la moderna economía criminal.

La violencia en general suele venir de la mano de la alta desigualdad, como lo muestra la dolorosa experiencia de América Latina, que es no sólo la región más desigual sino también la más violenta del mundo, si se la mide en términos de homicidios registrados.

Los datos llevan a concluir que la violencia no disminuyó en absoluto en América Latina, sino que todo lo que se observa es más bien una transformación de su estructura: el predominio de la violencia política, que caracterizó las décadas de 1970 y 1980, ha cedido paso a una violencia social, que refleja los crecientes problemas económico-sociales en la región y un auge de la marginalización y la pauperización de grandes capas de las sociedades latinoamericanas (Bodemer 2004: 241).

La exclusión alimenta las fuentes de la inseguridad, desde el delito común hasta la violencia fundamentalista.

La emergencia de la sociedad capitalista industrial suscitó grandes resistencias que los sindicatos y partidos obreros lograron en buena medida canalizar en torno a un ideal de sociedad distinta, que inspiraba reivindicaciones concretas, de carácter propositivo, racional, viable y altamente deseable. En algunas regiones y durante un cierto período, los conflictos desembocaron en soluciones relativamente pacíficas, que redujeron sensiblemente las privaciones y la desigualdad. Hoy, las tendencias globalmente excluyentes de la KKS generan masivas respuestas de carácter defensivo, vertebradas por una amplia diversidad de organizaciones y movimientos sociales. De su poder para construir alternativas viables y atractivas para muchos dependerá en no poca medida el futuro de casi todos.

#### **4. Preguntas fuera de época**

##### *4.1 ¿Cuál economía?*

La victoria del capital tuvo lugar también en el campo de la ideología, tanto en los valores como en las interpretaciones prevalecientes acerca de las dinámicas sociales. El Primer Ministro socialista francés Lionel Jospin repetía algo del siguiente tenor: “economía de mercado sí, sociedad de mercado no”. Más allá de su intención, la frase padece de una doble limitación. Por un lado, casi no parece haber límites para la mercantilización de las relaciones sociales, alimentada en buena me-

dida por los procesos de privatización. Por otro lado, no es evidente que, más allá de la ideología dominante, “economía de mercado” sea la adecuada caracterización de los sistemas productivos más exitosos: “virtually all of the success stories involve mixed economies with large governments” (Stiglitz 1994: 4).

Hay cometidos imprescindibles para los que no se han inventado instituciones menos defectuosas que mercados y estados, que inevitablemente coliden entre sí con efectos perniciosos, los cuales sin embargo se amplían exponencialmente cuando el papel en la economía de una u otra de esas instituciones es minimizado. Las economías que conocieron avances más notables durante las últimas décadas del siglo XX combinaron un amplio funcionamiento de los mercados con una relevante intervención estatal. Se necesitan mercados para promover y organizar la competencia, así como para manejar económicamente la información. Pero no alcanzan los mercados para asignar eficientemente toda la inversión ni para tener en cuenta sus diversos efectos, particularmente en lo que se refiere al largo plazo. La compensación de las desigualdades en la distribución del ingreso, la promoción de la educación y la investigación, la construcción de bienes públicos como las infraestructuras y la prevención de la contaminación son ejemplos elocuentes de cometidos que necesitan protagonismos públicos.

Las contradicciones entre mercados y estados son inevitables, pero no necesariamente contraproducentes. Dice Roemer (1995: 54):

lo que casi todo el mundo consideraría el gran éxito social y económico de las socialdemocracias escandinavas muestra que es posible alterar substancialmente en un sentido igualitarista la distribución de la renta en un país capitalista sin desvirtuar de una manera inaceptable los incentivos a la maximización del beneficio.

Por otra parte,

los “milagros” de desarrollo en el este asiático del período de posguerra muestran la posibilidad de una intervención estatal a gran escala que no exime de la disciplina competitiva a los propietarios y ejecutivos de las empresas.

No cabe ya hablar de economía mixta, como era frecuente antaño, para referirse a una yuxtaposición de propiedad privada y propiedad estatal. Se trata sí, primero, de no ignorar el inmenso papel económico del Estado, en todas las variantes del capitalismo, particularmente en

Estados Unidos. Se trata también de extraer las lecciones de los procesos reales más eficientes en materia de uso socialmente útil del conocimiento. La reflexión en torno a esos procesos ha alimentado, por ejemplo, la teoría de los “sistemas de innovación”; la misma destaca el papel de diversos actores en los procesos sociales de innovación, la relevancia de los vínculos entre ellos y el papel articulador que le corresponde al sector público, entre otros cometidos que también debe desempeñar para que la innovación sea realmente “sistémica”. Así, al igual que ciertos elementos de juicio antes evocados, esta teoría invita a pensar en economías donde mercados y estados cumplen papeles en parte complementarios y en parte conflictivos, pero ambos imprescindibles, sin que por supuesto sean los únicos “protagonistas” que merecen atención.

Richard Nelson sostiene que economías mixtas (o mezcladas) es lo que de hecho son las economías modernas. Destaca que se trata de estructuras donde los modos de “gobernanza” y organización son variados, de modo que los mercados juegan un papel predominante en ciertas partes, aunque por lo general “mezclados” con otros modos, mientras que en amplias porciones de la economía el mercado desempeña un papel subordinado (Nelson 2002: 113).

En el sentido esbozado, ¿no es la economía mixta un marco conceptual adecuado para pensar las realidades y las perspectivas de la economía del conocimiento?

Una interrogante semejante apenas si aparece en los márgenes de los debates contemporáneos. En primer lugar, probablemente, porque los intereses dominantes la relegan. Pero quizás también porque en la agenda de la economía pesa más la ideología al uso que la más elaborada teoría. Eso es al menos lo que se desprende de ciertos enfoques de indudable solidez.

La aspiración a conjugar las aspiraciones éticas del socialismo con la comprobación, teórica y fáctica, de la necesidad de los mercados llevó a elaborar las ideas del “socialismo de mercado”, que alcanzaron cierto auge cuando se hicieron notorias las trabas que el “socialismo real” estadista imponía a la expansión de las fuerzas productivas. Stiglitz (1994) presenta una crítica a la teoría económica del socialismo de mercado que luce demoledora; ahora bien, la médula de la crítica es la afirmación de que dicha teoría se tomó demasiado en serio el modelo neoclásico “standard”. Y éste es el que propone reemplazar por una

concepción bastante distinta, en la que se preste especial atención no sólo a las fallas de los mercados y a las formas de la competencia que no se refieren sólo a los precios sino también a las limitaciones y asimetrías de la información así como a la incidencia de la innovación. No sabría ser exagerada la gravitación de tales factores en una “economía del conocimiento”. Para su estudio, la teoría económica al uso parece bastante estéril.

La obra citada, cuyo propósito manifiesto es responder afirmativamente a la pregunta de si el socialismo se ha desvanecido, pone otra pregunta sobre el tapete: “the question is whether the insights of modern economic theory and the utopian ideals of the nineteenth century can be brought closer together?” (Stiglitz 1994: 277).

#### *4.2 Acerca de ciertos ideales de ayer*

La cuestión tiene que ver con el lugar de los ideales socialistas en la sociedad capitalista del conocimiento. ¿Cómo caracterizarlos brevemente? Se trata de descartar lo circunstancial y lo irreversiblemente perimido, para centrar la atención en lo que podría conservar algún tipo de vigencia. La herencia de los planteos del siglo XIX incluye una aspiración a la acción colectiva, a partir no de personas o de intereses circunstanciales, sino de una ética de las ideas encarnada en el protagonismo de sectores desfavorecidos.

En la visión marxista, la presunción de que una cierta dinámica de la historia jugaba a favor justificó la concentración de la actividad ideológica en la crítica del capitalismo: cuestionar y combatir al orden existente facilitaba el tránsito hacia una nueva etapa histórica, que se garantizaba sería distinta y mejor; “el mundo marcha(ba) hacia el socialismo”. Elaborar propuestas para el largo plazo era “utópico” –vale decir, no “científico”, de donde estéril– y además innecesario, pues del largo plazo se ocuparían las leyes de la historia. Lo que hacía falta era una herramienta, una ganzúa, para abrir la puerta al futuro. Ello se planteó, ya en el Manifiesto Comunista, como un programa para construir el socialismo desde el poder del Estado. Para quienes, después de 1917, reivindicaron que los hechos estaban respaldando semejante visión, la cuestión ideológica, tanto en lo programático como en lo ético, llegó a tener como eje central la defensa del orden existente en el “socialismo real”.

Las leyes de la historia parecen propias más bien de la ciencia de otra época que de la realidad. El socialismo de Estado soviético implosionó, en gran medida porque no tuvo flexibilidad como para adaptarse a la emergencia de un nuevo “modo de desarrollo”; en clave marxista, las relaciones de producción bloquearon la transformación de las fuerzas productivas hasta que estallaron. El comunismo chino favorece una modalidad de sociedad capitalista del conocimiento cuya evolución no logramos siquiera atisbar, pero cuya incidencia a escala planetaria es ya evidente. Un “modo de producción” de tipo socialista ha desaparecido de la pantalla de radar. Los programas de índole socialista, más allá de intenciones, no desempeñan un papel apreciable en el mundo de hoy. La pregunta acerca de la hipotética vigencia de los ideales socialistas vuelve a las raíces: ¿cuáles son sus fundamentos éticos?

Una manera brevísima, pero tal vez no errónea, consiste en decir que ser socialista es tomarse en serio la triple consigna de la Revolución Francesa y atribuir la misma relevancia a las tres componentes. Los liberales sostienen que la libertad es lo decisivo. Lo característico de la izquierda es ubicar a la igualdad en un lugar no menos importante, como elocuentemente lo expone Bobbio (1995); no casualmente grandes historiadores ubican el comienzo del movimiento socialista en el Movimiento de los Iguales, encabezado por Graco Babeuf hace más de 200 años. La equiparación de libertad e igualdad constituye lo que cabría llamar la definición individualista de ser de izquierda. Intentemos precisar esto evocando otra formulación famosa, la que encabeza la Declaratoria de Independencia de Estados Unidos, que dice más o menos así: “Consideramos como verdades evidentes por sí mismas que los seres humanos han sido creados iguales, con ciertos derechos inalienables que incluyen la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. Cuando se pone al mismo nivel libertad, igualdad y fraternidad se resalta el protagonismo de los colectivos como una de las dimensiones de la búsqueda de la felicidad, volcada al accionar en este mundo y racionalmente orientada.

La idea del protagonismo de los actores colectivos se formula de maneras diversas en distintas épocas. Por ejemplo, en la fundación de la I Internacional se expresó en la afirmación: “La emancipación de los trabajadores deberá ser obra de los trabajadores mismos”. Esa idea incluye la noción esencialmente igualitaria de que en las decisiones

colectivas todos pueden tener un grado de incidencia real. La expresión clásica de esa noción data de hace casi dos mil quinientos años, pues se atribuye a Pericles: “si bien sólo unos pocos pueden dar origen a una política, todos nosotros somos capaces de juzgarla”. El cultivo de lo que todos compartimos –la razón humana, con sus alcances y carencias– es condición necesaria para las búsquedas colectivas de la felicidad, o de una cuota menor de infelicidad. Inspirado en valores semejantes, el socialismo fue un movimiento que, en sus mejores momentos, hizo realidad la luminosa expresión de Hirschman (1999: 101) cuando habla de la “felicidad de la búsqueda”, que en ciertas condiciones surge de la participación en el accionar colectivo.

#### *4.3 Sobre la pregunta de Stiglitz*

Habiendo resumido apretadamente lo que vemos como los pilares esenciales del ideario socialista, queremos poner a la discusión una respuesta tentativa a la pregunta de Stiglitz acerca de la posibilidad de vincular la economía de hoy y los ideales del siglo XIX: conjeturamos que en la sociedad capitalista del conocimiento el socialismo puede tener vigencia como fuente de inspiración, pues sus fundamentos constituyen no sólo valores perdurables sino pistas orientadoras para la acción.

No se trata de un pronóstico sino tan sólo de una suposición cuyo eventual respaldo empírico sería interesante explorar. Para ello habría que “operacionalizarla”; un paso previo a esa tarea –que aquí no cabe intentar– es pasar de esa conjetura única y muy general a formulaciones todavía bastante generales pero referidas específicamente a ciertos sectores de la vida social; ensayaremos un primer paso en esa dirección, con el propósito de recibir algunos comentarios que ayuden a avanzar, llegando eventualmente a bosquejar “indicadores” adecuados para contrastar la conjetura con el devenir de los acontecimientos.

La idea orientadora es que los ideales fundacionales del socialismo y ciertas experiencias históricas a ellos vinculados pueden ser una inspiración para diversas formas de la acción colectiva, en el corazón del “modo de desarrollo” constituido en torno al conocimiento, que sean a la vez eficientes y solidarias, contribuyendo así a contrarrestar “la pérdida de valor del trabajo” destacada por nuestro hilo conductor.

La privatización del conocimiento implica que la “demanda solvente” moldea la agenda de investigación, dejando poco lugar en ella tanto para las necesidades sociales de los sectores con escaso poder de compra como para las cuestiones de largo plazo. Agendas públicas de investigación son necesarias tanto para compensar ese sesgo hacia la desigualdad en el presente como para ir construyendo los bienes públicos de conocimiento en que se apoyarán las tecnologías del futuro, lo cual es fundamental tanto para sostener la expansión de la producción de bienes y servicios como para hacerla sustentable, vale decir, para conjurar los riesgos que esa misma expansión genera.

Los procesos de innovación predominantes suelen incrementar la polarización entre ganadores y perdedores del cambio técnico, lo que erosiona su base social. Las alternativas pueden pasar por organizar las políticas de innovación ante todo como políticas sociales, orientándolas a resolver de manera nueva y usando el conocimiento más avanzado los problemas colectivos más relevantes. Ejemplos elocuentes al respecto se encuentran en el campo de la bioinnovación –la innovación ligada a las ciencias y tecnologías biológicas–, desde las cuestiones de la salud hasta formas de introducción de técnicas avanzadas en la agricultura que, más que someter al campesinado del Tercer Mundo al poder de las transnacionales, realcen su saber y respeten su papel en la innovación concebida como proceso interactivo (Arocena/Sutz 2005).

Lo anotado recién se vincula con una de las “ideas fuerza” de la teoría de los sistemas de innovación. A saber, la introducción en la práctica de nuevos conocimientos puede ser más eficiente –no sólo en términos sociales sino también en términos estrictamente económicos– cuando los “usuarios” de los nuevos conocimientos pueden desempeñar un papel activo, particularmente en el planteo de los problemas y en la discusión de las eventuales soluciones. Cuanto mayor sea la gravitación del conocimiento en la producción entendida en sentido amplio, mayor puede ser la eficiencia de respaldar, particularmente mediante información y capacitación, a los actores más débiles de los inherentemente conflictivos procesos de innovación, como los asalariados, pequeños productores, consumidores y los sindicatos, cooperativas u otras organizaciones que los agrupan.

El poder multiplicado del conocimiento hace de la educación un factor central de la estratificación social. Probablemente la propuesta

transformadora más relevante de nuestra época –con clara inspiración en lo mejor del socialismo– sea la generalización de la enseñanza avanzada, de nivel terciario y real calidad, permanente y conectada a lo largo de la vida entera con el mundo del trabajo. Los países que más avancen en esa dirección mejor combinarán mayor eficiencia económica y menor desigualdad social con la revalorización del trabajo.

De hecho, cambios de ese tenor se están procesando en –parte de– las sociedades del Norte desde hacia algunas décadas. La gran interrogante es si esa evolución acentuará o disminuirá la exclusión interna –la sociedad de los “dos tercios”, o menos– y la asimetría externa con gran parte del “Sur”, donde la expansión de un “modo de desarrollo” basado en el conocimiento resulta trabada tanto por las escasas posibilidades de acceso a la educación avanzada como por las aún más escasas oportunidades para desempeñar un trabajo que requiera semejante educación e impulse a su permanente renovación.

Las dinámicas de la KKS horadan a los Estados de Bienestar, que constituyeron una notable construcción social en varios países del Norte y, en cierta medida, también en algunos del Sur. El aporte parcial pero sustancial a tal construcción de las ideas socialistas es uno de sus mayores logros históricos. Es improbable su financiación como extendidos regímenes de pasividades. Si fomentan desempeños laborales con escasas variaciones, resultan poco eficientes para la economía basada en el conocimiento, motorizada por la innovación y modelada por los procesos de aprendizaje permanente. En tal caso resultan además contradictorios con la noción del trabajo como forma de realización humana, que el joven Marx pintara con hermosos colores. Parecería viable una reconversión “activista” de los Estados de Bienestar. Ello implica, en primer lugar, asegurar la atención a las necesidades básicas de la gente, y hacerlo mediante modalidades que no las aten a labores rutinarias sino que le proporcionen la seguridad requerida para que no tengan que oponerse a la innovación sino que puedan promoverla; ésa es según Lundvall (2002) una característica central del “modelo danés”. En la perspectiva esbozada, la jubilación no debiera ser la drástica sustitución de la actividad por la pasividad, sino el pasaje a una condición en la que cada uno pueda ejercer con mayor libertad su derecho y su deber de aportar a la sociedad según su capacidad.



La concepción prevaleciente acerca de las retribuciones y los incentivos está signada por “la estrechez del hombre neoclásico” (Stiglitz 1994: 273). Tal vez sea más fecunda para la eficiencia económica y la calidad de vida una concepción de raíz muy distinta y decimonónica, según la cual la sociedad debiera reclamar de cada uno –persona o grupo– según sus capacidades y asignar a cada uno –persona o grupo– según sus necesidades básicas y su esfuerzo.

El utopismo al que se refiere la pregunta de Stiglitz ponía grandes esperanzas en la democracia directa y en la extensión de la participación en general, particularmente en el terreno de la producción. Como en otras instancias históricas, la participación encuentra tanto nuevas alternativas como nuevas dificultades en la expansión del conocimiento, pero la combinación de éste con la concentración del poder acentúa sobre todo las trabas. Diversas formas de involucramiento de los trabajadores en la gestión, “salarios participativos” y modalidades de la “economía solidaria” han sido ensayadas y siguen siéndolo, como también sucede con numerosas formas de activa participación política, incluso en las decisiones sobre cuestiones con alto contenido científico y tecnológico. Sus posibilidades no son pocas, si bien la marea por el momento va en la dirección opuesta. Ha devenido especialmente complicado el problema clásico de cómo cultivar el “arte de la ciudadanía”, de cuya solución no sólo en lo político sino también en lo económico e incluso en el campo mismo del conocimiento dependerá en gran medida la calidad de la democracia en el siglo XXI.

De todos modos, en los ámbitos mencionados y en varios otros que cabría considerar, avances desde conjunciones entre sectores progresistas de los aparatos estatales y actores colectivos son viables porque ya existen ejemplos o al menos indicios que así lo muestran. No es sólo en la historia sino también en el mundo de hoy donde vemos numerosas manifestaciones de la “igualdad proactiva” (Arocena/Sutz 2003), brevemente caracterizada como el conjunto de formas que disminuyen la desigualdad expandiendo las capacidades innovadoras y los protagonismos colectivos.

## 5. Epílogo

¿Tiene algún vigor o valor la inspiración socialista en la KKS? Esa y otras preguntas mencionadas en este texto son, en sentido estricto,

anacrónicas: no figuran en la agenda de nuestra época. Quizás las dinámicas de la sociedad capitalista del conocimiento las hagan reaparecer –bajo formas probablemente difíciles de reconocer– en la agenda de mañana. Tales preguntas tienen que ver con un problema sobre el cual quizás se inclinen los historiadores del futuro: en el tipo de sociedad que se fue configurando a fines del siglo XX y comienzos del siglo XXI, además de los factores de cambio provenientes de la predominante “combinación de capital y conocimiento”, de los intentos de adaptación individual o grupal a ese predominio y de las múltiples resistencias que el mismo fue suscitando, ¿existieron iniciativas colectivas de inspiración solidaria y racional que reivindicaron el valor del trabajo y dejaron huellas profundas?

### Bibliografía

- Arocena, Rodrigo/Sutz, Judith (2003): *Subdesarrollo e innovación. Navegando contra el viento*. Madrid: Cambridge University Press.
- (2005): “Innovation Policies as Social Policies. On Strategies for the Pursuit of Proactive Equality in Underdevelopment”. Preparado para la Tercera Conferencia GLOBELICS, Sudáfrica.
- Bobbio, Norberto (1995): *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Madrid: Taurus.
- Bodemer, Klaus (1998): “La globalización. Un concepto y sus problemas”. En: *Nueva Sociedad* 156, pp. 54-69.
- (2004): “Violencia y seguridad pública en América Latina y Europa”. En: Binetti, Carlo/Castillo, Fernando (eds.): *¿Democracia con desigualdad? Una mirada de Europa hacia América Latina*. Colombia: Banco Interamericano de Desarrollo, pp. 238-251.
- Bonaccorsi, Andrea/Rossi, Cristina (2003): “Why Open Source Software can Succeed”. En: *Research Policy* 32.7, pp. 1243-1258.
- Braudel, Fernand (1985): *La dinámica del capitalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Castells, Manuel (1996): *The Information Age: Economy, Society and Culture*. Vol. I: *The Rise of the Network Society*. Cambridge, Mass.: Blackwell.
- Chesnais, F./Sauviat, C. (2003): “The Financing of Innovation-Related Investment in the Contemporary Global Finance-Dominated Accumulation Regime”. En: Cassiolato, José Eduardo/Lastres, Helena Maria/Maciel, Maria Lucia (eds.): *Systems of Innovation and Development. Evidence from Brazil*. Cheltenham, U.K., Northampton, Mass.: Elgar Publishing, pp. 61-118.
- de la Mothe, John/Paquet, Gilles (eds.) (1996): *Evolutionary Economics and the New International Political Economy*. Londres: Pinter.
- Galbraith, James K. (2000): *Created Unequal*. Chicago: University of Chicago Press.

- Halperin Donghi, T. (1992): "Promesa y paradoja en el triunfo de la democracia". En: *La Ciudad Futura* 33, Buenos Aires.
- Hellström, Tomas. (2003): "Governing the Virtual Academic Commons". En: *Research Policy* 32.3, pp. 391-401.
- Hirschman, Albert O. (1999): *A través de las fronteras. Los lugares y las ideas en el transcurso de una vida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lavoie, Marie/Roy, Richard/Therrien, Pierre (2003): "A Growing Trend Toward Knowledge Work in Canada". En: *Research Policy* 32.5, pp. 827-844.
- Lundvall, Bengt-Ake (2002): *Innovation, Growth and Social Cohesion. The Danish Model.*, Cheltenham, U.K.: Elgar.
- Mann, Michael (1993): *The Sources of Social Power*. Vol. II: *The Rise of Classes and Nation-States, 1760-1914*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mokyr, Joel (2002): *The Gifts of Athena. Historical Origins of the Knowledge Economy*. New Jersey: Princeton University Press,.
- Nelson, Richard R. (2002): "Thoughts Stimulated by Reading Geoffrey Hodgson's Economics and Utopia". En: *Review of Social Economy*, Vol. LX, No. 1, pp. 109-113.
- Parayil, Govindan (2003): "Mapping Technological Trajectories of the Green Revolution and the Gene Revolution from Modernization to Globalization". En: *Research Policy* 32.6, pp. 971-990.
- Reich, R.(1993): *El trabajo de las naciones*. Buenos Aires: Vergara.
- Roemer, John (1995): *Un futuro para el socialismo*. Barcelona: Crítica.
- Rogers, Everett M. (1995): *Diffusion of Innovations*. 4<sup>th</sup> Ed., New York: Free Press.
- Stiglitz, Joseph (1994): *Wither Socialism?* Cambridge, Mass.: The MIT Press.